COMENTARIO DE LA LECCIÓN

III Trimestre de 2009
"Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan"

Lección 8
(15 al 22 de Agosto de 2009)

Amar a los hermanos

Dr. José Carlos Ramos

Introducción

Durante esta semana, estudiamos el tema juanino por excelencia: el amor. Aunque el poema más bello sobre este tema sea de autoría de Pablo (1 Corintios 13), no podría se otro que el discípulo amado quien, al abordarlo, llegara a la conclusión máxima: "Dios es amor" (1 Juan 4:8, 16).

Un abordaje así de efectivo tiene una razón de ser: la experiencia de transformación que Juan experimentó a través de la comunión con Cristo. Al convertirse en su discípulo, el reveló estar movido por marcados rasgos negativos que lo hacían algo antipático ante sus compañeros de discipulado; era el más joven del grupo y se revelaba ambicioso de un primer lugar. [1] De hecho, la codicia, el amor a una posición, la supremacía y el deseo de ser promovido (Mateo 10:35, 37, 41) caracterizaban su manera de ser. Y estos defectos no eran los únicos.

Jesús lo llamó a él y a su hermano Santiago "hijos del trueno". Eran de genio fuerte, impetuosos, entregados al resentimiento y propensos a la venganza (Lucas 9:49-54). Pero detrás de todo eso, Jesús percibió en Juan un corazón ardiente, sincero y amante. Aún cuando fuera reprendido por el Maestro, Juan se apegó a Él más firmemente, hasta que tuvo su alma unida a la de Él. Fue "el discípulo que Jesús amaba". En su corazón, la llama de la lealtad y la devoción lo convirtieron en uno de los más destacados apóstoles de la iglesia cristiana.

Entre Jesús y él se desarrolló una profunda amistad, más intensa que en relación a los demás discípulos. No era que Jesús no los amara, sino porque en Juan su amor encontró un eco más expresivo. Este discípulo se abrevó tanto de su Fuente, que se convirtió en una vívida reproducción del Salvador. Como Jesús es la máxima expresión del amor de Dios, Juan se convirtió en una evidente demostración de ese amor, una prueba inequívoca de que el amor transforma. Tal como lo dice la Lección, "el amor es capaz de cambiar nuestro mundo, nuestras iglesias, nuestras familias y nuestros matrimonios". [2]

Pero, ¿cómo fue posible tan grande cambio? Notemos: "Día tras día, en contraste con su propio espíritu violento, contemplaba la ternura y la tolerancia de Jesús y oía sus lecciones de humildad y paciencia. Día tras día su corazón fue atraído a Cristo hasta

---

1 Ver Elena G. de White, *Hechos de los apóstoles*, p. 434.

2 Ekkehardt Mueller; *Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan*, p. 93.

que se perdió de vista a sí mismo por amor a su Maestro. El poder y la ternura, la majestad y la mansedumbre, la fuerza y la paciencia, que vio en la vida diaria del Hijo de Dios llenaron su alma de admiración. Sometió su temperamento resentido y ambicioso al poder modelador de Cristo, y el amor divino realizó en él una transformación de carácter". [3] También nosotros tenemos que aprender de Jesús como Juan aprendió.

Se dice que, estando muy cercana su muerte, le preguntaron a Juan si tenía un último mensaje para dar. "Amaos los unos a los otros", dijo él, y expiró.

Los dos pasajes del amor (1 Juan 3:11-24; 4:7 – 5:4)

La Lección nos recuerda que el pasaje de 1 Juan 3:10 hace de puente entre lo que Juan hasta ese momento había presentado, los privilegios y responsabilidades de ser hijos de Dios y, a continuación, su abordaje del amor. El quiere reforzar el hecho de que el amor fraternal es la mayor evidencia de la filiación divina, esto es, pertenecemos a una gran familia, cuyo Padre no es otro sino el Señor del Universo. En esta familia, el hermano mayor es Jesucristo, aquél que hace posible nuestra filiación (Juan 1:12). Esa evidencia fue estipulada por él mismo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros" (Juan 13:35).

La Lección también aporta una explicación satisfactoria con respecto a los paralelos entre los textos para el estudio de esta sección. Igualmente destaca que el discurso de Juan sobre el amor también es para ser entendido en el contexto de los disidentes gnósticos que perturbaban a la iglesia de aquellos días (aún más, toda la epístola debiera ser considerada en este contexto, y esa es nuestra postura en el presente comentario).

No se puede amar a Dios en la misma intensidad de amor que Él merece, si no se tiene en cuenta cuánto nos amó Él al entregarse como Hijo Unigénito (comparar con Juan 3:16) para ser nuestro Salvador. "Sólo si comprendemos lo que sucedió en la cruz y cómo Cristo llevó sobre sí mismo el castigo de nuestros pecados podemos llegar a amar a Dios como deberíamos hacerlo". Los gnósticos, con sus herejías, anulaban lo que realmente había sucedido en el Calvario, lo que repercutía negativamente en la manera en cómo el amor fraternal debía ser desarrollado por los miembros de la comunidad en la que ellos ejercían una fuerte influencia. De allí la exhortación apostólica con respecto al amor.

Agrego aquí que hay dos términos griegos principales que significan amor: *phília* y *ágape*. El primero aparece en la Biblia sólo una vez, en Santiago 4:4 que se traduce como "amistad". El segundo es empleado unas 115 veces, de las cuales 28 están entre los escritos juaninos (7 en el Evangelio y 21 en las epístolas), más del 24%. Las formas verbales *philéō* y *agapáō* son más frecuentes en toda la Biblia (25 veces la primera y 141 la segunda). Juan utiliza *philéō* sólo en su Evangelio (unas 13 veces, lo que corresponde a más del 50%), mientras que el empleo de *agapáō* se da en todos los escritos juaninos (36 en el Evangelio, 31 en las epístolas, de las cuales 28 están en la primera y 4 en Apocalipsis; correspondiendo a casi el 50% de su empleo en todo el Nuevo Testamento).

---

[3] Elena G. de White, *Hechos de los apóstoles*, p. 445.

Philéō debe ser comprendido como afecto, cariño, ternura, etc., el ejercicio del amor entre personas que se estiman; *agapáō* es el amor altruista, desinteresado, que no busca el interés a no ser del objeto amado; el amor que está listo a servir al ser amado, incluso llegar al sacrificio por él. Esa es la cualidad del amor con el que Dios nos amó, y es la cualidad con la que debemos amarle a Él y a nuestros semejantes, "especialmente a los de la familia de la fe" (Gálatas 6:10).

La "definición" del amor (1 Juan 3:11-16; 4:7-16)

El uso más acentuado de *ágape*/*agapáō* por parte de Juan es muy significativo. Él esperaba que los miembros de su comunidad se sintieran de tal manera tocados por el amor de Dios a punto de ser llevados a amar como Dios ama.

La Lección observa que el apóstol define al amor primeramente ejemplificado en Caín y en lo que no es el amor. De hecho, el acto de Caín de asesinar a su hermano es precisamente el extremo del amor divino. Mientras este está a punto de sacrificarse a favor del ser amado, lo más precioso, Caín fue el que se levantó para sacrificar la vida que él no sólo debía salvar, sino a favor de la cual hasta debía estar dispuesto a ser sacrificado, en caso de que tal acto fuera necesario. Pero eso sólo habría sucedido si él hubiera estado imbuido del amor divino.

Intencionalmente, Juan no menciona el nombre de la víctima del acto homicida de Caín; prefiere mencionar a "su hermano" en lugar de "Abel", a causa del contraste con el "amor fraternal" (amor entre hermanos). Con eso, deja traslucir que la acción del primer homicida podría repetirse "entre hermanos", o sea, entre los miembros de la comunidad cristiana a la que se estaba dirigiendo. Según las afirmaciones de Juan, no necesitamos quitarle la vida a alguien para ser homicidas (versículo 15; comparar con Mateo 5:21, 22). Por ejemplo, podemos matar con la lengua, tanto como lo haríamos con una espada o con un puñal. Con ella podemos bendecir como maldecir (Santiago 3:9), construir o derribar, sanar o herir, vivificar o matar. Nuestras palabras pueden ser "un sabor de vida para vida o de muerte para muerte". [4] ¡Necesitamos ejercer el mayor cuidado para no seguir el ejemplo de Caín!

Al ejemplo negativo de Caín, Juan contrapone el ejemplo positivo, sublime, altruista de Jesús, aquél que "entregó su vida por nosotros". Para el autor de la Lección, "el amor significa hacer todo lo que sea necesario para ayudar a otros, aún si incluye el sacrificio propio", o incluso el sacrificio, diría yo.

Pero además de esta definición pastoral, Juan aporta una definición aún más relevante, puesto que esta que acabamos de considerar deriva de aquella.

Según los escritos juaninos, la verdad, la luz y el amor no deben ser definidos en términos meramente conceptuales; los términos identifican, antes que nada, a una persona: Dios. Él es luz (1:5); verdad (5:6) y amor (4:8, 16); su Hijo, Jesucristo, es la luz (Juan 1:4-9; 8:12), y la verdad (14:6) encarnadas; y por la manera en como demostró su amor en su paso por la tierra, Él no puede ser otro que el amor encarnado (Juan 13:33).

---

[4] Elena G. de White; *Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 271, 272.

Al igual que “Dios es luz”, [5] la fórmula “Dios es amor” podría ser igualmente considerada como una simple abstracción filosófica. Pero el apóstol no está filosofando; nuevamente está hablando en términos prácticos. Dios no ama sólo de palabra; su amor se cristaliza en actos, cuya máxima expresión es Jesucristo: “En esto se manifestó el amor de Dios hacia nosotros, en que Dios envió a su Hijo único al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo como expiación por nuestros pecados”. Al respecto, la Lección correspondiente al domingo declara: “Sólo mediante él y lo que él hizo por nosotros puede el amor de Dios ser comprendido en su sentido más profundo”. [6]

Una crisis de certeza

La confianza a la que aquí se hace referencia es la confianza en Dios. La crisis aparece cuando dejamos de contemplar fijamente a Cristo y pasamos a mirarnos a nosotros mismos. Excepto si somos tomados por un arrebato de presunción farisaica, cuando esto sucede, pronto, muy pronto comprendemos cuán distantes estamos del ideal de Dios para nosotros, y por ello podemos ser llevados incluso a una actitud desesperada (compara con Romanos 7:24).

Nunca debemos olvidar que nuestra suficiencia se encuentra exclusivamente en la amante persona de Jesús. En Él necesitamos escondernos. Si lo hacemos, seremos salvados de tres situaciones bien complejas: 1) el insidioso *perfeccionismo*, que siempre se muestra con un aire de impecabilidad, tal como sucedía con aquellos disidentes de los días de Juan; [7] 2) el no menos peligroso *liberalismo*, con sus ideas condescendientes, permisivas, de que todo no tiene que ser tan rígido, o tomado tan en serio, al fin de cuentas (piensan así los liberales), un poco de indolencia no le hace mal a nadie; y, finalmente 3) el pernicioso derrotismo, que se nutre constantemente de sentimientos negativos, muy bien incorporados por el creyente pesimista, que imagina que su caso no tiene esperanza y que para el ya no hay remedio. Para estas situaciones, y otras de idéntica naturaleza, la gracia es el remedio.

La “crisis de certeza” es –ante todo– una crisis de conciencia. Es interesante notar que las tres situaciones descriptas en el párrafo anterior pueden volver insensible a la conciencia, pero la tercera puede llevar al otro extremo: hacer de la conciencia un factor de continua acusación y condenación, un estado innegablemente deprimente que quita la paz y cualquier sensación de seguridad. Al permanecer en Jesús no manifestaremos una actitud de indiferencia, siempre seremos sensibles a nuestras propias deficiencias e insuficiencias y no permitiremos que el conocimiento de nuestras faltas nos hunda en la zozobra; tan pronto como sintamos que la conciencia nos aguijonee, procuraremos de inmediato la solución para el eventual problema que nos aflige. Es por todo esto que Juan afirma: “Pero si nuestro corazón [la conciencia] nos condena, Dios es mayor que nuestro corazón, y conoce todas las cosas”, y que si nuestro corazón “no nos condena [lo que sería el resultado absoluto de cualquiera de las tres situaciones mencionadas anteriormente, sino de la gracia obrando en nosotros], tenemos plena confianza en Dios” [1 Juan 3:20, 21]. Esta confianza está tan basada en los méritos de Cristo que no

---

[5] Ver la segunda sección del comentario de la Lección 3
[6] Mueller, p. 94.
[7] Ver la segunda sección del comentario de la Lección 3

estaremos inseguros con respecto al juicio divino, pues el amor ha sido perfeccionado en nosotros (1 Juan 4:17). Tal como lo afirma la Lección, “sólo si dependemos de Él, de sus méritos, y no de los nuestros, podemos tener confianza y seguridad […] Estar afirmados en su amor echa fuera todo temor”. [8]

De hecho, todas esas bendiciones son fruto del amor. En él, “aseguramos nuestro corazón” (1 Juan 3:19), porque “en el amor no hay temor. Antes el amor perfecto elimina el temor” (4:18). ¿Podría haber una mejor solución para la “crisis de certeza”?

El amor en acción (1 Juan 3:17, 18; 4:19-21)

Hemos visto que la obra de Dios impide que nuestra conciencia se vuelva insensible. Así, el modo en como Dios ejerce el amor no nos puede tornar impasibles. Tiene que ser la gran motivación de nuestro amor. “Amados, si Dios nos ha amado tanto, nosotros también debemos amarnos unos a otros” (1 Juan 4:11).

Alguien podría, no obstante, argumentar que es a Dios a quien debemos amar, y no a nuestros semejantes, pues fue Él quien nos amó “de tal manera”. El apóstol se apresura a refutar este argumento, recordando que “nadie ha visto a Dios jamás […] Porque el que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (versículos 12, 20). En otras palabras, el amor de Dios se evidenciará en el amor fraternal. “Nosotros tenemos este Mandamiento de Él. El que ama a Dios, ame también a su hermano” (versículo 21).

Pero, ¿con qué acciones se evidenciará ese amor? Respondo a esta pregunta con otra: ¿Con qué clase de acto Dios evidenció su amor? Ya lo sabemos: El fue hasta el punto máximo del altruismo y la abnegación. Y quien esté imbuido de su amor estará dispuesto a hacer el mismo sacrificio a favor de quien ama. Juan, sin embargo, nos da un ejemplo de la acción que se espera por parte de quien ama, un ejemplo reconocido de lo máximo en altruismo y abnegación, ilustrado por el propio Dios: “Pero si uno tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano padecer necesidad, y le cierra su corazón, ¿cómo puede el amor de Dios estar en él? (1 Juan 3:17).

Lo que Juan está ejemplificando no involucra sacrificio, pues está hablando de alguien que posee “bienes” y que tan sólo debería disponer de algunos de ellos. Tal como lo advierte la Lección, “No es probable que alguno de nosotros tenga que morir por otro creyente. Pero lo más probable es que seamos llamados a demostrar amor por alguien que está en necesidad. Podemos tener los medios para proporcionar trabajo, alimento, ropa, una educación cristiana, un lugar de refugio; lo que sea. En lugar de eso, sin embargo, tal vez preferimos vivir nuestras vidas con comodidad”.

Si esto está sucediendo, es decir, que no cumplimos con lo mínimo que se espera de nosotros, ¿cómo llegaremos al ideal de amor? Si alguien no es el fiel en lo poco, ¿podrá serlo en lo mucho (ver Lucas 16:10)?

El amor y los mandamientos (1 Juan 3:22, 24; 4:21 – 5:4)

---

[8] Mueller, p. 96

Como no podría ser de otra manera, Juan conduce su abordaje del amor a la cuestión de la observancia de los mandamientos. La Ley de Dios es la ley del amor, registrada en dos tablas de piedra. La primera contiene cuatro mandamientos que se aplican a nuestra relación con Dios (aunque el cuarto incluye también a nuestro prójimo); la segunda contiene los seis últimos, que se aplican al prójimo. Jesús resumió las tablas en dos mandamientos específicos: "Amarás al Señor tu Dios…" y "a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo 22:37-39). No obstante, como ya hemos comentado, a la luz del propio ejemplo de Jesús, la conminación al amor relacionándolo a los mandamientos revela un paso más: "Que os améis así como yo os he amado" (Juan 13:34). Salmo 66:18 nos recuerda: "Si en mi corazón hubiese yo mirado al pecado, el Señor no me hubiese escuchado", y Proverbios 28:9 "El que aparta su oído para no oír la Ley, hasta su oración es abominable".

En segundo lugar, la obediencia es el fruto del amor. Quien ama, guarda los mandamientos (Juan 5:2).

Tercero, para quien ama, los mandamientos de Dios no son gravosos (Juan 5:3), pues es propio del amor movilizar a quien ama a hacer la voluntad de aquél que es amado.

La Lección no pasa por alto el hecho de que Juan empleó la expresión mandamiento tanto en la forma singular como en la plural. Al utilizar la forma singular, el apóstol hace referencia al "nuevo mandamiento" dado por Jesús (1 Juan 2:7, 8), [9] a la exhortación a creer en Jesús (tema de la próxima lección) y de amarnos los unos a los otros (1 Juan 3:23; 2 Juan 5), al mandato de amar a Dios y al hermano en la fe (1 Juan 4:21), a andar en la verdad (2 Juan 4) y a andar en el amor (versículo 6).

Al emplear la forma plural, "Juan pudo haber indicado que el mandamiento del amor se expresa en una multiplicidad de mandamientos". [10] En otras palabras, el amor a Dios, que igualmente involucra el amor al prójimo, requiere una plena obediencia a su voluntad.

Dr. José Carlos Ramos
Profesor de Teología
Universidad Adventista de San Pablo (UNASP)
Campus Engenheiro Coelho



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

---

9 Ver la cuarta sección del Comentario para la Lección 4.
10 Mueller, p. 100.